

Soñar con pogonas.

Pensaba que nos miraba, pero tal vez fuera mi imaginación. Aquel terrario, parecido a un territorio, ocupaba la mitad de la terraza acristalada del piso en el que vivían nuestros amigos. En otro lugar, se sentirían casi expiados bajo los ojos de aquel exótico ser. Tras los cristales había una luz que alargaba las horas del día, un gran tronco oscuro, de ébano robusto, y un suelo cubierto de lechosas hojas que prometía ser confortable. Quién fuera pogona, pensé en ese instante mientras sonreía con aspecto ausente, sin conocer todavía el nombre del habitante de aquella vivienda en miniatura. Me resultaba un ser inquietante. Sin embargo, Lucía, aunque a mí no me gustase, ya había traspasado el umbral de la terraza sin molestarse en preguntarme y parecía asomarse asombrada a ese espacio, para ella casi mágico, que era la casa del reptil. Miraba con fascinación a lo que para muchos sería, sin más, una especie de lagarto pero que, con su ingenua mirada infantil, era la resolución de un enigma.

Juan se levantó en ese momento y se acercó a mi hija, que al notar su presencia se giró con el tono interrogativo que con certeza había heredado de mí. Mi amigo, con la astucia provocativa que había tenido desde siempre y que le hizo tan popular en su juventud, se adelantó con agilidad a las intenciones de la pequeña.

- ¿Te gusta? – preguntó, inclinándose sobre la urna.

- No lo había visto nunca. Me gusta mucho. – contestó Lucía dejando a la vista su curiosidad.

En ese instante, Juan se transformó. Me reencontré con el Juan que había sido y que creía definitivamente muerto desde hacía años. Comprendí que solo invernaba en los hielos de la edad adulta, que esperaba para entregarse al auténtico abismo de saber que ya no era él, sino alguien para lo que vivir o para quien vivir: ese amor total soñado por tantos y encontrado tan solo por algunos privilegiados. Sentí una sensación profunda y temerosa que me recorrió el cuerpo y que me enfrentaba a la realidad, un escalofrío escarchado y posiblemente ajeno. Sus ojos olvidaron el gris de Madrid reflejándose en la insignificante tabla de salvación que era Lucía, para recuperar aquellos celestes tonos que nos recorrieron tantos años en las calas catalanas, donde pasábamos nuestros

veranos en las masías de nuestros abuelos. Aquellos días de juegos e ilusiones en los que nos refugiábamos ante lo que habían borrado de nosotros mismos y se dejaba traslucir en algunas gotas de tiempo.

- Se llama pogona o dragón barbudo. – explicó Juan – Aunque hemos adoptado a Rob, normalmente viven en Australia, en el desierto. Allí el clima es muy distinto y conviven con otros animales parecidos a ellos. Es allí donde se encuentran mejor. No se les debería tener en un lugar como éste.

Siguió contándole a Lucía todos los secretos que conocía sobre aquel animal: qué comía, dónde vivía, cuánto vivía, cómo se apareaba y otros muchos detalles, como si fuera un relato nunca antes contado y, realmente, era así. Unos meses antes, había leído su Tesis, dedicada a las condiciones de vida de las pogonas en su hábitat natural. Había estado un año viviendo en la otra parte del mundo para hacer su trabajo de campo y había aguantado las bromas de todos sus familiares y amigos sobre su mimetismo con dichos animales. Cuando terminó de hablar, Lucía no dejó marchar la oportunidad que se le presentó:

- ¿Puedo cogerla? – dijo casi suplicando, con la sonrisa del deseo en la cara.

- Primero, vas a darle algo de comer – le explicó Juan, mientras levantaba el cristal superior que cubría tan peculiar casa – Así estará más tranquilo y confiado. Si lo cogieras de repente se asustaría y podría intentar defenderse. Hay que ganarse su confianza. Hay que cuidarlo. Prométeme que lo harás así.

- Claro, sé que es su casa – afirmó con una insospechada lucidez la pequeña.

Juan había apoyado el cristal de pie, junto a la pared y se disponía a alzar a Lucía, sujetándola por la cintura. Le había facilitado antes un trozo de papaya, fruta que entusiasmaba al animal y que él siempre tenía en su cocina. La niña dejó colgar su brazo de forma casi inerte desde el borde del terrario y sujetaba con la yema de sus dedos el fruto de la conquista. Nosotros dos mirábamos con cierta tensión la reacción del animal que se acercaba sigilosamente y con lentitud plomiza hacia la mano de Lucía. Cuando estaba tan solo a unos centímetros se paró y empezó a estirar el cuello. Sus patas se escondían entre las hojas. Olfateó la fruta pasando su cabeza por los laterales de la mano de

la niña, que estaba radiante. A continuación, sacó muy despacio su lengua bífida y la apoyó sobre la fruta, absorbiendo el sabor de la carnosa pulpa. Abrió la boca y dio un pequeño mordisco. Lucía apoyó el trozo de fruta en el suelo del terrario y se dispuso a sacar el brazo. Observaba que Rob comía con lentitud y precisión lo que quedaba de manjar, convirtiéndolo en un rito. Cuando vio desaparecer la papaya, Lucía preguntó:

- ¿Puede salir de su casa? ¿Puedo acariciarlo?

- No sé si le gustará – contestó Juan bromeando con la pequeña, a sabiendas de la mansedumbre de su mascota. – Tal vez tenga algo de miedo y te muerda. Algunos amigos nuestros y, también algunos de sus perros, han comprobado su ferocidad.

Juan recordó en ese momento las ocasiones en las que Rob mostraba su lado más salvaje y abría las membranas que tenía en su cuello. Cuando eso sucedía su aspecto era agresivo. En el filo de aquella membrana similar a un collar, se erguían una hilera de púas que no dejaban indiferente a quien las observara. Enseñaba un parapeto en forma de campana, que le protegía.

- ¿Probamos? – respondió la niña con un tono algo retador.

En ese instante, Juan se inclinó sobre la urna y cogió a Rob con sus dos manos, sujetándolo por debajo de su cuerpo, por el vientre, mientras su larga cola colgaba a lo largo de las piernas de Juan y sus patas se estiraban al sentir el vértigo del aire. Colocó a Rob sobre la mesa alta del salón, donde se dejaba ver en todo su esplendor. Empezó a dar algunos pasos cortos y dubitativos sobre el tablero, asediado por el nerviosismo de la contemplación. Se acercó hacia el lateral donde nos encontrábamos y se quedó esperando que sucediera lo inevitable. Lucía alargó el brazo muy lentamente y deslizó su mano a lo largo del lomo, que perdía tensión por momentos y se dejaba caer sobre el tablero. A continuación, deslizó sus dedos por la parte alta de la cabeza de la pogona y recorrió la boca cónica del animal. Muy lentamente redujo la distancia que existía entre ella y el borde del tablero, hasta casi tocarlo. La pogona colocó sus alargados dedos sobre el vestido de la pequeña y escaló hasta su hombro, mientras ella se mostraba encantada.

Media hora más tarde, tras la pertinente despedida, mi hija y yo salíamos del piso de Juan. La caída del sol anaranjaba el cielo madrileño. Contemplábamos los lejanos rascacielos que lo arañaban en aquella tarde de otoño, mientras los transeúntes regresaban de sus trabajos. Cruzamos la calle y nos subimos al coche. Tras sentarnos, Lucía rompió el silencio para decirme que estudiaría como Juan y que también viviría con poganos. Tras veinte años, el sueño de mi hija fue cierto. Aquella tarde transformó su camino.